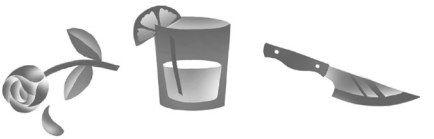
TEMPORADA DE COSECHA

TRILOGÍA MASACRE



BRYNNE WEAVER

Traducido del inglés por Ana Navalón

CONTRALUZ

Advertencias de contenido

Aunque *Temporada de cosecha* sea una comedia romántica oscura y esperamos que te rías con toda esta locura, ¡sigue siendo oscura! Por favor, lee con responsabilidad.

- Trituradoras de madera (¡el Monstruo de las Galletas ha vuelto, nena!).
- Un cuervo que sigue disfrutando bastante de los tentempiés humanos.
- Huesos desmembrados.
- Cosas… de ojos (¡¿por qué te sorprendes?!).
- Jardinería asesina.
- Allanamiento, incluye robo.
- Cuerpos desmembrados.
- Dedos de los pies. Sí, dedos de los pies.
- ¿Chiles…? Yo qué sé. ¡Ya me dirás!
- Referencias a tortura física y psicológica.
- Veneno y sus desagradables efectos.
- Stalkear (aunque según Nolan es «cazar»).
- Ahogamiento.
- Cautiverio en contra del sujeto.
- Alcohol y a veces cosas raras dentro del alcohol…

- Actividades de búsqueda y rescate detalladas, entre las que se incluyen descripciones de seres queridos experimentando estrés y sufrimiento por la pérdida de un miembro de la familia.
- Detalles de un atropellamiento con huida y conducción bajo los efectos del alcohol.
- Una plétora de armas, entre las que se incluyen hachas, cuchillos, pistolas, nunchakus y perforadoras de papel de tres agujeros.
- Lenguaje explícito y altisonante.
- Contenido sexual explícito, entre el que se incluye *kink* de sumisión/sometimiento, juegos de impacto, juguetes para adultos, sexo anal, sexo oral o juegos de dolor.
- Suicidio, aunque quiero que sepas que no se debe a complicaciones de problemas de salud mental. En este caso, se define como un comportamiento de heridas autoinflingidas con la intención de morir.

Esta novela trata sobre dos asesinos en serie que se enamoran, así que en general hay asesinatos y caos.

Igual que hice en *Temporada de turistas,* el primer libro de esta serie, quiero expresar esta advertencia de contenido con seriedad: una persona mayor querida que sufre deterioro cognitivo leve y principio de alzhéimer. También se describen las responsabilidades y los desafíos de los cuidadores. Por favor, sé consciente de que esta exploración de la pérdida de memoria puede ser un detonante para algunos lectores. Más información que te puede resultar de ayuda:

El deterioro cognitivo leve: son cambios sutiles en la memoria y en el pensamiento que pueden indicar un paso previo a afecciones relacionadas con la demencia, como puede ser el

alzhéimer. El término puede ser intercambiable con «principio de alzhéimer».

Alzhéimer: es una enfermedad neurológica degenerativa y progresiva con síntomas como pérdida de memoria, dificultad de pensamiento, cambios de humor y comportamiento, desafíos psicológicos (paranoia, depresión, alucinación), intranquilidad y muchos otros que no se recogen aquí. Se divide en tres fases principales: leve, moderada y severa. Aunque no se indica de manera explícita en la novela, y se ve complicada por otras enfermedades, el personaje del libro que sufre esta enfermedad muestra síntomas de alzhéimer leve y moderado.

Demencia: es un término paraguas que recoge diferentes enfermedades neurológicas que representan la deficiencia de al menos dos funciones cerebrales. Tanto el deterioro cognitivo leve como el principio de alzhéimer están clasificados como demencia.

Parte de los derechos de autor de la venta de esta serie será donada a la Asociación de Alzheimer de Estados Unidos y la Asociación de Alzheimer de Canadá.

Playlist

Escanea uno de los QR para escucharla:

APPLE MUSIC



SPOTIFY



CAPÍTULO 1: Trillar

«Girl of Your Dreams», Isabel LaRosa
«Look to Windward», Sleep Token

CAPÍTULO 2: Arar

«Ghost», Zoe Wees
«Seasons», Erika de Casier

CAPÍTULO 3: Cultivar

«Bad Friend», Rina Sawayama
«Goodbye», Ramsey

CAPÍTULO 4: Invernadero

«The Woods», Ellise
«another night», Oklou
«dopemang», Kiiara (feat. Ashley All Day)

CAPÍTULO 5: Bulbos

«Cherry Waves», MISSIO
«Fall For Me», Sleep Token
«Over My Head», Fletcher

CAPÍTULO 6: Enredadera

«Shadow of Mine», Alec Benjamin
«Wounded», Emily Haines & The Soft Skeleton
«Pallid Eyes», Emily Jane White

CAPÍTULO 7: Plaga

«Stupid Boy», Slayyyter (feat. Big Freedia)
«Creature», BONES UK
«your girl», DashaDay

CAPÍTULO 8: Propagación

«Fine White Lies», Dr. Dog
«Mute Swan», Emily Jane White
«Fading», Shallou

CAPÍTULO 9: Huida

«Bad One», Kiiara
«Waking Up», MJ Cole & Freya Ridings
«Medusa», Amanati

CAPÍTULO 10: Sombra intensa

«I Can't Hear It Now», Freya Ridings
«Parliament of Owls», Agnes Obel
«Oh Woman Oh Man», London Grammar

I. Cornezuelo

«CAN YOU SEE ME?», Rezz

CAPÍTULO 11: Trasplantar

«Kind of Man», London Grammar
«The Subway», Chappell Roan

CAPÍTULO 12: Forraje

«Stoned on You», Jaymes Young
«Pegasus», Arlo Parks (feat. Phoebe Bridgers)
«desolate (Slowed)», ByErik

CAPÍTULO 13: Reliquia

«Feelings Gone», SG Lewis (feat. London Grammar)
«Sports car», Tate McRae
«C*m in Peace», Kiiara

CAPÍTULO 14: Germinar

«Days of Oblivion», Metric
«Good Vibrations (Skeletons)», MISSIO
«Washing Machine Heart», Mitski

II. Raíces

«SLIME», Shygirl

CAPÍTULO 15: Trillar

«god's chariots», Oklou
«Paradise Circus (Fallen Sun Version)», POST (feat. Ghostpoet)
«The Demon», Emily Jane White

CAPÍTULO 16: Madurar

«i can't breathe», Bea Miller
«Control», Zoe Wees
«Like That», Sleep Token

CAPÍTULO 17: Dragar

«I never wanna die», Bea Miller
«Shlut», Shygirl
«People, I've been sad», Christine and the Queens

CAPÍTULO 18: Hilo

«Times Like These», Addison Rae
«Playground», Bea Miller
«Show Me the War», Emily Jane White

III. Perenne

«panopticon», skyfall beats

CAPÍTULO 19: Envolturas

«Poisoned», Emily Jane White
«I Know What You're Thinking and It's Awful», The Dears
«Brightside», Kiiara

CAPÍTULO 20: Capsaicina

«Troubled Paradise», Slayyyter
«Skeletone», BONES UK
«Burning Alive», 8 Graves

CAPÍTULO 21: Néctar

«Mess It Up», Gracie Abrams
«saman», Ólafur Arnalds

CAPÍTULO 22: Inflorescencia

«Apple», Charli xcx
«Nothing Is Perfect», Metric
«Can I Jump?» Freya Ridings
«Superglue», Ella Vos

CAPÍTULO 23: Floración

«Wildwood», Fleurie
«Feels Like», Gracie Abrams
«Love Is Fire», Freya Ridings

IV. Emparrado

«Dizzy», MISSIO

CAPÍTULO 24: Sembrar

«Lost in the Plot», The Dears
«Everywhere Ghosts Hide», Erin McCarley (feat. UNSECRET)
«Undone», Tommee Profitt (feat. Fleurie)

CAPÍTULO 25: Abscisión

«Lost Without You», Freya Ridings
«What Could Have Been», Sting & Ray Chen

V. Siega

«Devils Game», Truth

CAPÍTULO 26: Cosecha

«Camera's Rolling», Agnes Obel
«for Steph», Ólafur Arnalds & Talos
«Traitor», Zoe Wees

EPÍLOGO: Podredumbre

«Till Death», CRAY

TRILLAR

Harper

Hacerse novia de un asesino en serie tiene muchas ventajas.

Nolan es de gran ayuda si hay que librarse de algún enemigo, para empezar. No le importa saltarse unas cuantas leyes si eso me beneficia a mí. Tampoco le dan asco la sangre y las entrañas. Mantiene la calma bajo presión. Tiene un pulso firme… lo cual resultó especialmente útil cuando me hizo los piercings de los pezones. Bueno, admito que se tomó su tiempo con lo de la aguja, pero me gusta el dolor, así que los dos salimos ganando.

Pero ¿sabes lo que no está nada padre?

Cuando eres tú la que se arriesga a que la mate un asesino en serie.

Quizá debería volver a la parte de «novio» y dejar de decir lo de «amienemigos con beneficios».

El cuervo, que observa desde las ramas del roble, grazna para advertirme justo antes de que la puerta trasera de mi casa se cierre con un portazo mucho más fuerte de lo necesario. Estoy en el terreno de la mansión Lancaster, trabajando entre rododendros e iris, así que echo un vistazo por encima del muro de piedra y veo a Nolan caminando a paso ligero por el jardín. Volteo hacia la imponente mansión victoriana que hay en lo alto de la colina. Espero que Arthur, mi anciano men-

tor, esté echándose la siesta a pierna suelta y no a punto de bajar la cuesta en un carrito de golf que no debería conducir para poder ser la estrella de mi próximo drama. Me quito los guantes, me saco el celular del bolsillo delantero del overol y abro los últimos mensajes que intercambié con Nolan esta mañana.

Tenemos que hablar. Ahora.

Como me di cuenta de que se me venía encima un broncón, traté de aligerar el ambiente.

¿Sobre lo bien que me quedan los piercings de los pezones?

No.

Es obvio que mi intento no tuvo demasiado éxito. Esa única palabra estampada sigue siendo lo último que me escribió desde hace más de una hora. Si recordarle nuestra noche apasionada de *shibari* y piercings en los pezones no es suficiente para aplacarlo, no tengo duda de que vino a matarme.

Suspiro y tomo el hacha.

Los goznes de la reja del jardín chirrían cuando Nolan se adentra en los terrenos de la mansión Lancaster. Dobla la esquina; lleva la ferocidad tallada en los rasgos. Su altura parece imponer más de lo habitual; los músculos se le marcan de lo tensos que están. Aprieta la mandíbula definida; los labios carnosos están convertidos en una línea fina. Está aún más guapo cuando se encabrona.

En cuanto me ve, se detiene. Nos miramos el uno al otro en silencio mientras lo veo valorar la escena que tiene delante. El

cuervo se baja al muro del jardín, ladea la cabeza de un lado a otro. Nos está estudiando, dispuesto a apostar por un ganador.

—¿Qué carajos haces? —pregunta Nolan al fin.

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo? —replico.

—Asesino —dice el pájaro imitando mi voz al tiempo que camina por la bardita de piedra hacia el lecho de flores y mira fijamente la lona ensangrentada que hay a mis pies—. Pájaro bonito asesino.

Contengo las ganas de entornar los ojos.

—Gracias, Morfeo. Siempre lo dices en el momento más oportuno. Eres el orgullo de todos los córvidos del mundo. —Señalo las partes de cuerpo cercenadas que hay encima de la lona, listas para darse un paseo por la trituradora de madera—. Estoy deshaciéndome del pequeño desliz de Arthur. El turista del cementerio.

—«Pequeño desliz» —repite Nolan.

Me encojo de hombros.

—No podía dejarlo en el cobertizo toda la vida. A Arthur no le gusta que los cadáveres estén mucho tiempo en el congelador. Es bastante arriesgado guardarlos ahí, ¿sabes?

—Cierto. Claro. —Nolan asiente con aire sabio; es un movimiento cargado de sarcasmo—. ¿Tan arriesgado como, por ejemplo, meter un cuerpo en una trituradora de madera a plena luz del día?

Se acerca un paso, aunque todavía queda bastante espacio entre nosotros. Y, por alguna razón, tengo la sensación de que nos alejamos más a cada segundo que transcurre, un abismo de incomodidad que amenaza con consumirme.

—¿Levantaría más o menos sospechas usar una trituradora de madera por la noche?

—A lo mejor deberías plantearte no usarla nunca. —Se pasa una mano por la cara; se nota lo mucho que le cuesta

controlar la ira; irradia esfuerzo, como si quisiera empezar a caminar de un lado a otro de lo agitado que está, pero se contiene—. ¿No te preocupa que el piloto del dron se dé un paseo por aquí y te vea?

—Me imagino que estará ocupado con otros rollos; seguro que ya se enteró de que Sam estiró la pata.

—Bueno, en eso no te equivocas. Sí está ocupado con «otros rollos». Rollos como la vida después de la muerte. Porque Vinny Meschino también está muerto, carajo.

Supuse que la noticia de la muerte de Sam Porter no tardaría demasiado en correr por el pueblo… Un productor de documentales diagonal investigador aficionado tenía todo para ser un chisme jugoso y, para un pueblo como Cabo Masacre, no hay nada más emocionante que una muerte «accidental». Pero ¿el piloto de dron, Vinny? Eso no me lo esperaba. Sobre todo porque fui yo la que lo golpeó en la cabeza y, aunque le di lo bastante fuerte como para que perdiera el conocimiento, no creí que lo hubiera matado. La última vez que lo vi, estaba inconsciente en el estacionamiento del hostal El Cabo y me largué quemando llanta para rescatar a Nolan de las garras de Sam.

Pese a que estoy tan estupefacta por esta información como debió de quedarse Nolan cuando se enteró, hago todo lo que puedo para que no se me note. A veces es mejor no permitir que otro depredador te pesque con la guardia baja, aunque esté de tu lado. En teoría.

—En fin, eso es bueno, supongo.

A Nolan se le oscurecen los ojos.

—¿No es bueno…?

Él sacude la cabeza y yo apoyo el hacha en el suelo con un golpecito.

—De acuerdo, ya que parece que tú sabes mucho más de esto que yo, ¿por qué no me dices lo que es?

Nolan se acerca más; cada paso que da es lento e intencionado. No deja de mirarme a los ojos en ningún momento, ni siquiera cuando me quita el hacha y la lanza hacia atrás. Me sumo en esas profundidades de color verde bosque y ese borde de marrón que le recorre la parte inferior del iris izquierdo. Se detiene tan cerca de mí que podría acariciarle el torso con el pecho si el aire no se me hubiera quedado atascado en los pulmones y pudiera respirar.

—Lo único que sé es que también está muerto y que ahora están investigando un asesinato.

—Vaaale. Eso es… algo.

Morfeo grazna en el silencio que se crea y se deja caer sobre la lona agitando las alas. Aunque miro hacia atrás y lo veo picotear un muslo cercenado, sé que Nolan sigue sin quitarme los ojos de encima. Su mirada me calienta el pulso que me salta en el cuello. Siento que un nudo corredizo se tensa sobre mi piel.

—¿Fui yo? —pregunto—. ¿Lo maté cuando lo tundí en el estacionamiento?

La expresión de Nolan no se suaviza; tiene una arruga bien marcada entre las cejas fruncidas.

—No lo sé. Lo único que sé es que también está muerto. Así que a lo mejor sí fuiste tú. Pero ¿cuál de las dos?

El corazón me retumba contra las costillas.

—¿A qué te refieres?

—¿Darían con Harper Starling si descubrieran tus huellas o encontraran tu ADN? —Nolan se cierne sobre mí, acaparando todo el espacio de mi campo de visión. Sé lo que va a decir antes de que la pregunta se le escape de los labios—: ¿O darían con Autumn Bower?

Aunque sabía lo que me iba a decir, esas palabras me golpean como una bofetada. «Autumn Bower».

Me bombardean los recuerdos de la noche en que dejé atrás a esa mujer. Los cuerpos en la carretera. El olor a llanta quemada. Los gritos desolados de Nolan en la oscuridad. El miedo que se apoderó de mí cuando me di cuenta de que mi frágil libertad podría desvanecerse si me quedaba en el lugar del atropellamiento. Y entro en pánico ahora que me quitan la máscara.

—¿Cómo…? —Es lo único que consigo decir mientras trago saliva.

—Encontré tu cámper esta mañana; la marea estaba baja —explica—. El número de identificación sigue ahí. No tardé mucho en unir las piezas del rompecabezas en el Discord de los Buscasabuesos. Publicaron muchísimo sobre esa camioneta hace cuatro años, cuando te perdieron la pista. Además, hay un montón de enlaces a tu canal de YouTube. Las campera-venturas de Autumn y Adam… Es pegadizo, sin duda.

Cierro con fuerza los párpados; un torrente de culpa y vergüenza me recorre entera. Cuando vuelvo a mirar a Nolan, su mirada adusta sigue perforándome.

—¿Por qué no me lo contaste? —susurra.

El pánico se me desliza por la garganta. No estoy segura de lo que debería decir. No quiero mentirle, al menos no más de lo que ya le he mentido por omisión; sin embargo, me he pasado los últimos cuatro años intentando olvidar ese nombre y todo el horror y el dolor que implica. Y he hecho todo lo que estaba en mis manos para mantener la promesa que le hice a Arthur: que no le desvelaría mi pasado a nadie. Pero, carajo, qué solitario es vivir como un fantasma. A veces siento que los recuerdos podrían ahogarme. Que siempre estoy esforzándome por mantener la cabeza a flote del pasado: el fallecimiento de mis padres y el duelo que le siguió. El terror de estar atrapada en la casa del asesino en serie Harvey Mead. La

culpa de escapar del sótano cuando mi novio, Adam, no lo consiguió.

Nolan me observa, esperando, y creo que sería capaz de quedarse así una eternidad si ese es el tiempo que tardo en bajar las defensas. Se acabó huir del pasado, al menos cuando se trata de él. Me arrinconó en el refugio de las sombras. Y tal vez estaría bien dejar que entre un resquicio de luz.

—No podía —susurro al fin—. Lo siento.

—Lo sientes —repite, pero la entonación no es como me esperaba después de la furia que parece estar comiéndoselo vivo—. Que lo sientes.

—¿S… Sí?

En un segundo me pone las manos en las mejillas, me enmarca el rostro con su calidez. Le brillan los ojos, una franja reluciente en la línea de las pestañas. Frunzo el ceño. Una vez que Nolan consigue reunir la compostura para decir las siguientes palabras con los dientes apretados, se detiene entre una y otra, como si necesitara grabármelas en el alma.

—Casi te mato.

Siento que me arrancan de mi eje y ya nada tiene sentido desde este ángulo. Sabía que quería asesinarme cuando nos conocimos, pero es diferente que lo admita con una expresión de angustia. Claro que trató de borrarme del mapa. Pensaba que yo era Harper Starling, la mujer que se cargó a su hermano, y le permití que siguiera creyéndose la mentira.

Me obligo a sonreír; es un gesto frágil, a punto de resquebrajarse.

—A ver… a lo mejor tú planeabas hacerlo, pero yo también tenía altas probabilidades de matarte primero. —Este intento tan soso de darle un toque de humor al asunto no aplaca ni lo más mínimo la tormenta que se fragua tras sus ojos—. No creo que le hayas puesto demasiadas ganas, si te sirve de consuelo.

—No.

—Ya decía yo.

—¿Cabe la posibilidad de que sintieras que tal vez sería una buena idea compartir conmigo en algún punto ese detalle insignificante sobre tu verdadera identidad? —pregunta—. ¿O pensabas no decir nada en la vida? ¿Ibas a permitir que siguiera pensando que mataste a mi hermano y casi me matas a mí? Creía que eras la mujer que nos dejó tirados…

—Pero es que los dejé tirados —admito; mi confesión flota en el aire.

Uno de mis peores recuerdos es abandonar a Nolan en aquella carretera hace cuatro años para que muriera solo. Tal vez no tuviera elección cuando perdí a mis padres o a Adam… porque entonces no tenía forma de ayudarlos. Aunque a Nolan sí pude ayudarlo. Y decidí no hacerlo.

Me pica la nariz, me arde la garganta. Nolan no es el único al que están a punto de caérsele las lágrimas.

—Te vi. En la carretera. Estaba acampando cerca y oí el choque y los gritos. Escuché a unos chicos entrando en pánico y a una mujer discutiendo con alguien. Cuando llegué, los tres tipos corrían hacia un sendero que se alejaba de la carretera. El coche se había largado. Tú estabas…

Sacudo la cabeza, pero Nolan no me suelta como pensaba que haría. Su calor firme todavía me cubre las mejillas como una manta y, aunque intento bajar la mirada, sus ojos me perforan, se niegan a dejarme marchar. Siento que trata de rescatar el recuerdo perdido. Y lo mínimo que puedo hacer es darle las piezas para que rellene los huecos.

—Gritabas —empiezo de nuevo mientras la primera lágrima se me desliza por la cara—. Eran unos gritos aterradores que solo había escuchado una vez en la vida. Como si te estuvieran desgarrando. Como… como si no fueras a salir vivo

de esa. Y me dio miedo. Me aterró lo que pudiera pasar cuando la gente descubriera quién era yo.

Un aluvión de culpa me recorre entera, me quema con un beso de ácido. Pero, en cierto modo, hay libertad en la herida abierta que deja a su paso.

—Oí otro choque en la carretera y te dejé ahí. Corrí a ver qué había ocurrido. Había una mujer al volante. En cuanto abrí la puerta, olí el alcohol. Cuando encontré su cartera en el bolsillo, saqué su licencia de conducir y me di cuenta de lo mucho que nos parecíamos. —Me encojo de hombros; sigo intentando evitar el escrutinio de Nolan—. El coche estaba ahí balanceándose, a punto de caer por el acantilado. Pensé que nadie echaría de menos a otra conductora borracha, así que me quedé con la licencia y la lancé por el precipicio.

Por el rabillo del ojo, veo que Nolan sacude la cabeza, aunque todavía soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—Todo el mundo deseaba algo de mí: los periodistas, la gente en redes sociales, los adictos a los crímenes reales, incluso una puta marca de ropa que me quería de modelo para sus camisas de cuadros… Ya era agotador de por sí. Se me ocurrió que, si me hacía pasar por otra persona y me ceñía a trabajos informales, podría escapar de mi pasado. Durante un tiempo.

Nolan aparta las manos de mi rostro soltando un largo suspiro y baja la barbilla al pecho. Se da la vuelta y sacude la cabeza mientras mira a lo lejos. Aunque en algunos sentidos siento que me quité un peso de encima, otra carga se desliza en el hueco que me queda en el pecho, más pesada a cada momento que Nolan sigue de espaldas a mí.

Cuando por fin se da la vuelta para observarme, continúa teniendo una expresión atormentada.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

—No te ofendas, pero eso de poner la cabeza de un tipo decapitado en el comedero para pájaros no me dio mucha confianza ni me inspiró demasiada seguridad —contraataco—. Te pasaste una pila de años cazándome. ¿Me habrías creído si te lo hubiera contado?

—Todos los días luchaba contra el impulso de agarrarte del pescuezo y apretar hasta que te murieras entre las palmas de mis manos. Y lo sabes. Eras consciente de ello, te lo veía en los ojos. ¿No crees que habría valido la pena intentarlo?

—No podía —susurro y él me responde con una mirada cruel y cargada de dudas—. Se lo prometí a Arthur…

—Con una chingada…

—Le di mi palabra, Nolan. Puede que para otros eso no signifique nada, pero para mí sí. Juré no contarle a nadie quién soy en realidad.

—¿Aunque te matara? —me pregunta; no respondo, me muerdo el labio inferior por dentro hasta que el sabor a hierro de la sangre me serpentea en la lengua—. ¿Quién más lo sabe?

—Lukas.

Nolan suelta un suspiro exasperado mientras se aparta y se pasa una mano por el pelo; los mechones que el sol le ha aclarado atrapan la luz entre el resto del cabello marrón chocolate.

—Fue él quien me ayudó a deshacerme de la camioneta. Pero no sabe nada más sobre… esto. —Señalo hacia el montoncito de miembros cercenados que hay en el suelo—. Tampoco sabe lo de las inclinaciones de su abuelo hacia la caza. Cree que solo es… estrafalario.

—Eso es decir mucho —dice Nolan, casi a punto de soltar una carcajada burlona.

Durante un buen rato, ninguno de los dos hablamos; solo intercambiamos una larga mirada que se vuelve más pesada por segundos.

—Entonces, supongo que, si estás dispuesta a morir por mantener una promesa, vas a seguir en el pueblo, aunque te diga que deberías marcharte. ¿Me equivoco?

Me encojo de hombros en un intento por conciliar y él se tapa los ojos y un suspiro cansado le llena el pecho. Una parte de mí quiere enojarse con él solo por haberme propuesto que incumpla la palabra que le di a Arthur. No hay muchas personas en el mundo dispuestas a mantener una promesa, aunque salga caro. Yo soy una de ellas.

—Nolan, soy consciente de los riesgos. Yates podría sacarse la cabeza del culo en cualquier momento y darse cuenta de que el rastro de Sam y de Vinny, e incluso de este tipo, lleva directo a nosotros —digo mientras señalo otra vez el cuerpo que tengo a los pies—. Pero no puedo abandonar a Arthur. En cambio, tú… tú sí puedes largarte cuando quieras.

—¿De verdad lo piensas?

—Ni siquiera eres de aquí. Eres un turista.

Un destello de pesar le cruza la mirada. Mis palabras le hacen más daño de lo que pretendía. Controla el dolor, pero todavía queda un eco.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunta—. No voy a irme a ninguna puta parte, Autumn…

—Harper.

Se me calienta el pecho. Me arde la piel. Una nueva oleada de lágrimas me acude a los ojos.

—Si te quedas aquí, vas a tener que enfrentarte a ella. —Nolan me agarra por los hombros. Agacha la cabeza para mirarme a los ojos, como si pudiera obligarme a ver el mundo como lo ve él si estamos en el mismo plano—. Van a venir más Busca-

sabuesos. Ahora que Sam y Vinny están muertos, van a abalanzarse sobre Cabo Masacre y solo es cuestión de tiempo que descubran quién eres, si es que el *sheriff* Yates no lo hace antes.

—¿Por eso estás tan encabronado conmigo?

—Me revienta que no me dejes cuidarte, me lo pones imposible.

—¿Quién dijo que necesito que me cuides?

—Yo. Lo dije cuando fuimos al parque, al salir del teatro. Y era en serio, carajo.

Es la primera vez que la idea de que él también haya hecho una promesa penetra mi armadura. Y a lo mejor es como yo…: pretende cumplir con su palabra. Nunca me había planteado que estuviera dispuesto a defender sus promesas con la misma fiereza con la que yo defiendo las mías. Y ese sufrimiento que veo en su rostro, esa angustia y esa determinación me resultan familiares. Es la misma expresión que veo en el espejo cuando me limpio la sangre y sopeso mis crímenes contra mi pasado y mi futuro. Es igual que yo: está dispuesto a jugarse la vida por un juramento.

Pero no importa cuánto lo intentemos, a lo mejor nuestro destino no es conseguirlo.

Sobre todo, porque se oye una sirena en la distancia.

Es un sonido repentino. Nolan me clava los dedos en los hombros. Abre los ojos como platos y estoy segura de que yo hago lo mismo. Se me cristaliza la sangre; el hielo danza bajo mi piel. Cientos de preguntas me pasan por la cabeza en este instante. ¿Viene hacia aquí? ¿Deberíamos correr? ¿Podemos escondernos? ¿Cómo podría explicar que hay un cadáver a mis pies? ¿Y cómo puedo proteger al hombre que tengo delante o al que vive en la colina?

—Es una ambulancia —aclara Nolan un segundo después, rompiendo un momento que parece haber durado años.

Aunque ambos sepamos que así no suena la sirena de la policía, sigo notando un temblor en el cuerpo, un subidón de adrenalina que se niega a aplacarse. Y no creo que él se sienta mejor al respecto teniendo en cuenta el modo en que el pulso le late en el cuello.

—Todo está bien. Estamos bien —afirmo con la respiración entrecortada—. ¿Verdad…?

Nolan traga saliva. Apartamos la vista el uno del otro, ya que nos habíamos quedado atrapados, y centramos nuestra atención en el cuerpo desmembrado que hay encima de la lona. El cuervo le arranca un jirón de carne congelada a un hueso. Cuando Nolan y yo volvemos a mirarnos, él me aparta las manos de los hombros y deja tras de sí un escalofrío aún más profundo.

—Tenemos que cubrir nuestras huellas. No dejar nuevas —dice, y luego me quita los guantes antes de echar a andar en dirección al tractor para arrancar el motor—. Así que se acabaron los asesinatos.

Después de un segundo, asiento. Podría ser una declaración de intenciones. Pero, en un pueblo como Cabo Masacre, no creo que sea una promesa que ninguno de los dos esté dispuesto a hacer.

Sigue enojadísimo. Casi siento el calor de su ira en el espacio que nos separa. Y aunque por dentro le ruego que se me acerque, que me abrace, él se pone los guantes y va hacia la lona.

Cacho a cacho, introduce el cuerpo en la trituradora de madera, mientras el nudo de pavor que noto en el estómago se retuerce más con cada trozo de carne congelada que se traga la máquina. Y, cuando por fin acaba, se marcha sin añadir ni una sola palabra más.

ARAR

Nolan

Paralizado. Estoy paralizado.

Siento que tengo el cuerpo anestesiado mientras me alejo con el coche de la mansión Lancaster y regreso al hostal El Cabo.

Necesito distanciarme un tiempo de esa maldita casa si quiero albergar la esperanza de solucionar este embrollo. No estoy seguro de si pretendo mantenerme alejado de Harper mucho tiempo o si podré hacerlo. Parece que hay un hilo invisible que siempre me arrastra hasta ella. Pero tampoco puedo quedarme ahí sin que todo este lío se nos eche encima. Debo mantenerla a salvo y no puedo hacerlo si no soy capaz de pensar con claridad cuáles son los siguientes pasos.

Cuando me estaciono, tardo un buen rato en bajarme del coche. Me quedo sentado como si nada, mirando fijamente el agua oscura que se extiende hacia el horizonte; el sol de media tarde se refleja en las olas. Pero en realidad no lo estoy viendo. Estoy buscando a Harper en mis recuerdos. Busco su presencia en esa noche de hace cuatro años cuando me dejó tirado en la carretera, aunque tal vez no en el sentido que creía antes. Tendría el pelo rubio. A lo mejor habría destacado entre las sombras de los árboles que bordeaban la cuneta. Por desgracia, da igual con cuánto ahínco la busque: no la en-



cuentro en mi memoria. Solo hay dolor y sufrimiento y miedo. Apenas un destello de su rostro bajo las luces del tablero; un truco del tiempo, un pasado distorsionado. Nunca fue ella.

Suelto un suspiro pesado, salgo del vehículo y tomo la mochila.

El lugar de al lado de la SUV está vacío. Hay una mancha en el suelo que cruza la línea blanca que delimita los espacios de estacionamiento. No es de aceite ni de refrigerante, aunque podría parecérselo a cualquiera que pase por aquí. Es sangre seca, y hay un montón. Aquí es donde Harper debió de darle a Vinny en la cabeza. Tal vez lo asesinó. Pero no importa si anoche lo mató o no: nuestra conexión con gente asesinada o desaparecida está por toda la ciudad, si alguien se molesta en prestarle la atención suficiente.

Tomo nota mental en mi lista de tareas pendientes que no hace más que crecer: limpiar esa mancha por la noche cuando nadie me vea, y luego voy hacia el hostal.

Cuando entro al vestíbulo, Irene está terminando de hacer el *check-in* de una pareja que ya va en dirección a las escaleras con las maletas. Tendrán más o menos mi edad. La mujer lleva un diamante brillante, pero ninguno de los dos lleva alianza de matrimonio. Se sonríen el uno al otro cuando voltean lo suficiente y logro verlos de perfil. Dudo que sean Buscasabuesos… La verdad es que no tienen pinta de ser detectives de sillón que vinieron a buscar respuestas por las muertes de Sam y Vinny. De todos modos, quizá sea demasiado pronto para que los investigadores aficionados hagan acto de presencia. Ya llegarán. Y a lo mejor entonces no resulta tan fácil distinguir a los recién llegados inofensivos de los que suponen una amenaza.

Yo tenía razón: debemos deshacernos de las pruebas. Y tengo que empezar con las mías, el rastro que lleva directo a Harper Starling y a la mujer que vive a su sombra.

—Señor Rhodes —me llama Irene. Me doy la vuelta hacia ella, y de repente me doy cuenta de que a lo mejor me quedé mirando a esa pareja demasiado tiempo—. ¿Se encuentra bien?

Hago todo lo que puedo por mostrar una expresión relajada.

—Sí, señora.

—Vaya que tiene usted la habitación ordenada. Al principio pensé que se había marchado y, por alguna razón, se me había olvidado.

—No, señora, es solo que… —titubeo cuando Irene alza las cejas. Sospecho que ya sabrá que paso mucho tiempo con Harper, pero no quiero fomentar futuras especulaciones. Más cuchicheos. Más ojos volteando hacia ella con preguntas. Se me revuelven las tripas; es una sensación desagradable—. No me gusta el desorden. Se me ocurrió llevarlo todo a la lavandería.

Nota mental: dedicar una tarde a echar mil horas en la lavandería.

—Debe de venirle de cuando estuvo en el parque de bomberos. Mi nieto Jamie es bombero en Atlanta. El pobre no sabía ni hacer la cama antes de acabar ahí. Ahora tiene la casa impoluta.

Aunque no debería sorprenderme que sepa ese detalle sobre mi pasado, el cual le podría haber contado Sam, tampoco me entusiasma. Cuando sonrío, siento que la sonrisa se me descascarilla por los bordes.

—Bueno, será mejor que me vaya…

—Oiga —me interrumpe; tiene dos arrugas profundas entre las cejas. Se sube los lentes por el puente de la nariz y siento que me está evaluando. Escudriñando—. ¿Ya se enteró de lo que pasó? ¿Con Sam? ¿Y su ayudante?



—Sí, algo escuché, pero no sé muchos detalles —digo mientras me meto las manos en los bolsillos y me acerco al mostrador de recepción con pasos lentos y uniformes. El corazón se me revoluciona en el pecho. Me da miedo descubrir que no sirvió de nada que nos esforzáramos en que la muerte de Sam pareciera un accidente. Aun así, es una información que estoy desesperado por conocer—. ¿Sabe usted algo?

—No demasiado, solo que están investigando en la destilería.

Asiento. Las ganas de sacar el celular casi pueden conmigo. Si están indagando en la destilería, Harper tiene que saberlo, si es que no lo sabe ya. De todas formas, no le escribo. Espero a que Irene continúe.

—Es que están renovando la destilería —explica al fin cuando el silencio se alarga demasiado—. Yo al principio pensé que había sido un accidente por las obras; luego me enteré de que el *sheriff* Yates está en el hospital y parece que las heridas son graves. Alguien dijo que uno de los hombres lo apuñaló y él le disparó. ¿Se lo puede creer?

Apago la pequeña llama de esperanza que encienden sus palabras antes de que se intensifique más. Tengo que admitirlo: después de haber hablado con Yates un par de veces, dudaba cuando Harper afirmaba que era un inepto. Pero a lo mejor tiene razón si el tipo consiguió que un puto investigador *amateur* lo apuñale. Sin embargo, mi estupor es real cuando pregunto:

—¿En serio?

Irene se encoge de hombros.

—A saber. Los rumores pueden distorsionarse bastante en un sitio como este. —Chasquea la lengua y sacude la cabeza, como si lo que ella estuviera diciendo no tuviera nada que ver con la rumorología, solo con hechos—. Pero lo más probable es

que no tardemos mucho en averiguar lo que pasó en realidad. Al final, la verdad siempre encuentra un modo de salir a la luz.

Sus palabras se me adhieren al cerebro como el alquitrán, una capa pegajosa que me enturbia los pensamientos.

—Seguro que sí —asiento—. Con suerte, todo se sabrá pronto.

Me despido con un gesto de la cabeza y voy hacia mi habitación.

Me siento incapaz de respirar profundamente hasta que la puerta se cierra detrás de mí. Incluso entonces me da la sensación de que el miedo me oprime el pecho, como un tornillo que se niega a aflojarse. Y en el centro de todo se encuentra Harper.

Durante un buen rato, nada más me quedo plantado en medio del cuarto, dándole vueltas a todas las preocupaciones, los deseos y las emociones que en cierto modo están relacionados con ella. Está entretejida en el lienzo de mi vida. Y, aun así, aunque me enoja y me intriga y me aterra, sigo sin saber quién es esa chica en realidad.

Cuando por fin me libero de la apatía, escaneo la habitación y me doy cuenta de que no tengo nada de alcohol. Me vendría bien una copa para adormecer el nido de avispones que se quedó a vivir en mi cráneo, al menos durante un ratito. Me siento en el borde de la cama, me quito la mochila y la dejo entre mis pies. Luego me la quedo mirando sin pestañear y me animo a echar un vistazo adentro.

No la he abierto desde que Harper me la devolvió. Antes el corazón se me aceleraba de la emoción cuando sacaba las armas que guardo en ella o al ampliar mi libro de trofeos con mapas y fotos, nombres y los crímenes que habían cometido, trozos de piel curtida que cosechaba de mis víctimas. Pero ahora, cuando miro mi mochila, me acuerdo de todo lo que tenía pensado hacerle a Harper cuando vine y solo siento pánico.

Respiro hondo, aunque no me calmo lo más mínimo; agarro el cierre y lo abro despacio. Cada tic de los dientes de metal al apartarse es como una cuenta atrás hacia un destino aciago inevitable.

Una vez abierta la mochila, meto la mano y saco el nunchaku con el que maté a Jake Hornell. Incluso entonces intenté convencerme de que no lo hice porque estuviera espiando a Harper en un momento íntimo y privado sin el conocimiento o consentimiento de esta. Me dije a mí mismo que fue porque quería asustarla con sus miembros cercenados.

La verdad pura y dura es que no estoy seguro de lo que habría hecho si ese chico no se hubiera cruzado en mi camino aquella noche. Pero, en ese instante, los celos y la necesidad de proteger a Harper superaron a las ganas que tenía de matarla.

Paso los dedos por el cable fino. ¿Y si Hornell no hubiera despertado algo en mi interior? ¿La habría matado? Tal vez sí. Después de todo, vine para eso.

Dejo caer la cabeza y cierro con fuerza los párpados; permito que la verdad me cale en el tuétano antes de colocar el nunchaku en la cama y tomar la siguiente arma.

Un cuchillo. Un martillo. Unas tenazas. El rallador de queso que usaba para llevarme un trozo de piel como trofeo. Al poco de llegar a Cabo Masacre, me di cuenta de que Harper no tenía un tatuaje de «Memento mori» como los tipos que iban en el coche que me atropelló, un recordatorio de la noche del accidente que se llevó la vida de mi hermano. Supuse que tenía sentido, ya que ella había fingido su muerte y huido a Maine, mientras que ellos se habían quedado en Maryland. La chica ya no tenía ningún contacto con ellos. Sin embargo, eso no me habría impedido llevarme un trozo de su piel.

Dejo el rallador de queso a un lado con la mano temblorosa. Y luego saco mi libro de *scrapbooking*.

Siento unos latidos fuertes en la cabeza al abrirlo y me quedo mirando la última página.

Marc Beaumont, asiento del copiloto.
Dylan Jacobs, asiento trasero del lado del copiloto.
Trevor Fisher, asiento trasero del lado del conductor.
Harper Starling, al volante.

Paso un dedo por el último nombre, trazando las letras que escribí hace cuatro años. Todavía me acuerdo de lo que me embargó cuando anoté con cuidado cada palabra. Furia. Determinación. Un compromiso inquebrantable de vengar a mi hermano, Billy, y un futuro que sentí que me habían robado.

Sin invitarla, aparece ante mí una imagen de Harper atada y a mi merced, la cual me deja sin aire en los pulmones. Pero ese no es el tipo de sometimiento que ella ansía de mí. Este solo sirve para destruir. Me imagino el miedo en sus ojos. El pánico en su voz. El sudor en su frente y el dolor en su rostro. Me imagino que tengo el rallador de queso en la mano y lo presiono contra su antebrazo, igual que hice con Marc, Dylan y Trevor. Me imagino que le aprieto la muñeca atada con una mano y que le paso la cuchilla afilada por la piel. Su grito desesperado me perfora la mente.

Cierro el libro de golpe y corro al baño; me arrodillo sobre las baldosas mientras el vómito salpica la porcelana blanca.

Estoy temblando cuando por fin me levanto un buen rato después, jalo de la cadena del excusado y me acerco al lavabo. Me agarro al borde y trato de tranquilizarme. Miro fijamente mi reflejo. Los ojos inyectados en sangre. La piel pálida, manchas rojas que se desvanecen bajo un brillo brumoso. Po-

dría intentar convencerme de que a lo mejor me estoy enfermando o que tragué agua de mar por accidente cuando fui a bucear para ver la cámper que revela la verdadera identidad de Harper como Autumn Bower.

Sin embargo, sé que no es por nada de eso y ya no quiero seguir mintiéndome.

Es porque podría haber matado a una mujer que no tuvo nada que ver con la muerte de Billy ni con las heridas que me cambiaron la vida para siempre. Una mujer que ha demostrado una lealtad fiera, que está más que decidida a cumplir sus promesas, y soy consciente de que, aunque la hubiera torturado, ella no me habría dicho su nombre. Podría haberla asesinado y todos sus secretos y verdades la habrían seguido a la tumba que cavé para ella junto al río Ballantyne.

Casi cometo el error más atroz de mi vida. Y, pese a que dejé de hacerlo, al principio la traté con desprecio. Le he dicho cosas imperdonables. He proferido acusaciones y palabras de odio, he amenazado su seguridad. Y, como maté a Jake Hornell, el mamado de gimnasio imbécil que la espiaba entre las sombras, la gente hará preguntas. La puse en peligro.

Y no soy el único que lo hizo.

Entrecierro los ojos cuando el nombre de Arthur Lancaster cruza mis pensamientos como una alarma.

No solo es un riesgo para los turistas que decide que merecen desaparecer del mapa: también es una amenaza para sí mismo. Y, lo que es aún más importante, es un peligro para Harper. Es irracional. Violento. Y manipulador. Quizá algunos de esos rasgos ya estaban presentes antes de que le diagnosticaran alzhéimer, pero la enfermedad solo los ha empeorado y vuelto más impredecibles. Y tal vez se preocupe más por lo que puede obtener de Harper que por la seguridad y el bienestar de esta. Si de verdad la quisiera como ella cree que

la quiere, ¿no desearía que se marchara? ¿No la liberaría de una promesa que sabe que no puede romper?

Me agarro con fuerza al borde del lavabo; los nudillos se me ponen blancos. Por tentador que me resulte, dudo que pueda matarlo. Harper acabaría destrozada, y soy incapaz de vivir sabiendo que fui yo quien le asestó ese golpe, aunque pudiera garantizar que ella nunca se enterara. No obstante, tengo que alejarla de él. Y debo asegurarme de que no vuelva a matar ni a generar más secretos que luego tendremos que enterrar nosotros.

¿Cómo lo voy a hacer? No tengo ni puta idea. Pero voy a averiguarlo, carajo.

Asiento determinado ante mi reflejo, me lavo, regreso a la cama y saco el celular mientras me siento. Harper me mandó un mensaje hace poco, supongo que mientras tenía la cabeza metida en el excusado.

> Los polis están en la destilería.

Aparecen los tres puntos que avisan que está escribiendo su siguiente mensaje. Se detienen. Aparecen y se detienen por última vez. Como no los vuelvo a ver, la llamo.

—Hola —responde al segundo tono. Capto tantas emociones bajo esas dos sílabas que caen sobre mi oído con suavidad.

—Hola. —Suelto un profundo suspiro mientras la tensión parece crujir a lo largo de la línea telefónica—. Irene me contó lo de la destilería. Según la rumorología, a Yates lo apuñalaron.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién?

—Supongo que tiene algo que ver con Vinny, pero no sé mucho más aparte de que el *sheriff* disparó al hombre que lo

atacó. La verdad es que no quiero indagar más para no levantar sospechas.

Nos quedamos un rato en silencio y me imagino a Harper mordiéndose el labio mientras piensa en todos los escenarios posibles que pudieron haber ocurrido en la destilería.

—¿Estás bien? —pregunto.

Tarda un segundo en responder.

—Sí. Eso creo. ¿Y tú…?

Miro mi libro de *scrapbooking,* que descansa a mi lado sobre la cama, abierto en una hoja en blanco. La que habría usado para ella. Cierro los ojos.

—No —admito—. Estoy preocupado por ti.

—¿En serio?

—Por supuesto.

—Creí que estabas enojado conmigo.

—Puede que un poco —digo pasándome la mano por el pelo para agarrarme la nuca—. Pero puedo estar enojado contigo y aun así preocuparme por ti al mismo tiempo. Y, al parecer, puedo estar aún más encabronado conmigo mismo.

Ella suelta una bocanada de aire que casi suena a carcajada y que atraviesa la línea telefónica.

—Sí. Yo también, supongo.

El silencio se alarga un buen rato. Es como si las disculpas, los secretos y las revelaciones colgaran en el espacio que nos separa, pero ninguna de esas palabras parece estar lista para dar frutos.

—Lukas está que se sube por las paredes por lo de la destilería. Está volviendo a la mansión. Quedé de verlo ahí… Estoy segura de que tendrá preguntas sobre el estado de la cara de Arthur, a menos que pueda convencer al viejo de que se eche una siesta antes de que llegue. Te mantendré informado, si quieres.

Asiento, aunque no puede verme.

—Ya, eso sería…

—Tengo que dejarte. Hablamos luego —dice y, justo cuando estoy tomando aire para decir su nombre, cuelga.

Suelto un largo suspiro mientras miro fijamente el teléfono.

Arranco todas las páginas del libro de *scrapbooking* hasta que solo quedan las hojas en blanco. Las quemo en la tina mientras observo los recuerdos que perecen en las llamas.

Cuando las cenizas desaparecen por el desagüe, guardo lo que queda del cuaderno en la mochila, junto con las armas, y salgo de la habitación.

Dejo atrás el suave ronquido de Irene que sale del despacho que hay al lado de la recepción; voy pensando en todo lo que debo hacer hoy. Volveré a casa de Harper. La ayudaré con Lukas y con Arthur. Vamos a empezar a hablar de este embrollo en el que estamos metidos. A averiguar cómo atar los cabos sueltos. A lo mejor hasta consigo convencerla de que se venga a Tennessee conmigo, al menos durante un tiempo. La determinación me hace cruzar las puertas del vestíbulo y salir al sol, pero mis pasos flaquean cuando veo que la camioneta del *sheriff* está estacionada al lado de mi SUV.

La urgencia de volver a entrar al hotel casi se apodera de mí; sin embargo, la puerta del conductor se abre y Yates baja del vehículo. Justo lo que necesito. Se da la vuelta para lanzarme una sonrisa reluciente al tiempo que se quita los lentes oscuros de aviador. Me obligo a cruzar el estacionamiento, la mochila con las armas me pesa más con cada paso que doy hasta que me detengo ante él.

—Señor Rhodes —me saluda. Cierra la puerta de la camioneta; las botas de vaquero raspan la línea blanca manchada de sangre. Lleva el brazo pegado al cuerpo y sujeto con un cabestrillo—. Justo el hombre que estaba buscando.

El corazón me retumba contra las costillas.

—¿De verdad?

—Sí, por supuesto, hijo.

Rasca la mancha con las botas cuando se da la vuelta para mirarme de frente. Aunque no bajo los ojos a la marca que está pisando, a él sí le llama la atención y agacha la cabeza y aparta los pies para ver mejor los goterones y manchones. Al levantar de nuevo la vista, una sonrisilla le alza la comisura de los labios. Por un instante me consuela que no sea tan incompetente como asegura Harper, pero ese alivio se evapora enseguida cuando me dice:

—Tengo un par de preguntas que hacerte.

Las ganas de atacarlo me superan. Mil pensamientos se me desperdigan por los confines del cráneo. Podría abalanzarme sobre él. Me saca tres o cuatro dedos. A pesar de que tendrá cincuenta y tantos, está claro que se mantiene en forma. Aun así, podría aprovecharme de que está lesionado. Dispararle con su propia pistola. ¿Lo conseguiría? ¿Me daría tiempo de recoger a Harper y obligarla a venir conmigo? ¿Podría ella desaparecer en una vida nueva por segunda vez? ¿O admito toda la culpa para mantenerla a salvo? ¿Me saldría bien la jugada?

Yates endereza los hombros; los ojos se le oscurecen como si pudiera leerme la mente.

—Cabo Masacre es un sitio muy pequeño, por si no te has fijado. Estoy seguro de que ya te enteraste de que anoche me apuñalaron en el hombro. Las noticias vuelan en un pueblo como este, sobre todo si la fuente de información es Irene.

Asiento una vez.

—Eso me parecía a mí —dice el hombre sacudiendo la cabeza con buen talante—. Tú eres especialista en búsqueda y rescate, ¿no?

Me aclaro la garganta cuando el corazón se me para en el pecho.

—Sí, señor.

—¿Cuándo vuelves a Tennessee?

—El 15 de julio, *sheriff*.

Se rasca la barba incipiente con la mano sana y mira hacia el mar. Asintiendo, alarga el momento, y a mí el pulso se me acelera en los oídos a cada segundo que pasa.

—Bueno, me vendría bien la ayuda, si no te importa.

—Eh… ¿Perdón…?

—La verdad es que no disponemos de personal para este tipo de tareas. Y agradeceríamos contar con una mano extra.

—Algo como… ¿qué?

—Un hombre está desaparecido y su mujer está armando un borlote. Como también tenemos la investigación por homicidio en la destilería, nos vamos a convertir en un imán para la prensa. Debemos zanjar este asunto enseguida, así que necesito a alguien que pueda organizar una búsqueda. Alguien con experiencia. —Se da unas palmaditas en el brazo herido y me lanza una sonrisa cansada y desganada—. Ya no estoy tan joven como antes. Esto no se me va a curar pronto… Tendré que llevar el maldito cabestrillo como mínimo dos semanas más.

Abro la boca. La cierro. La abro otra vez, pero no me sale ningún sonido.

Yates me dedica una sonrisa desanimada.

—La verdad es que no es la respuesta entusiasta que esperaba —me dice agarrándome el hombro—, aunque lo entiendo. Estás de vacaciones y te estoy pidiendo demasiado. Creí que a lo mejor querrías hacerlo por el bien de Harper.

El pinchazo de miedo regresa y se me clava entre las costillas.

—¿Disculpe?

—Pensé que querrías quedarte por ella. Escuché que pasas mucho tiempo en su casa. Esto es Cabo Masacre… no se puede hacer nada sin que la gente empiece a cuchichear.

—Ya me di cuenta.

Me da unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, hijo. Estoy seguro de que lo solucionaré. A lo mejor nos vemos en casa de Harper; debería pasar a ver cómo se encuentra. Entre la caída de Arthur y ese horrible accidente que tuvo en la carrera de coches sin motor, ya tiene bastantes cosas entre manos. Y Cabo Masacre es una «comunidad que se preocupa por los demás».

El *sheriff* se da unos golpecitos en la placa, en cuyo círculo interior está inscrito «CARITAS COMMUNITATIS», y luego empieza a caminar hacia el hostal dejándome atrás. Apenas da dos pasos cuando las palabras se precipitan fuera de mi boca como si lo persiguieran.

—Espere, puedo ayudar.

Yates se gira sobre los talones despacio y me observa, tiene las cejas alzadas formando una pregunta que no llega a pronunciar.

—Lo siento, solo me sorprendió un poco que me lo pidiera. Pero me encantaría echar una mano. Por supuesto.

Por un instante, el rostro de Yates se muestra impávido. Una máscara vacía e indescifrable que me devuelve la mirada. Y entonces parece que sus rasgos florecen, sus ángulos y líneas duras se suavizan.

—¿De verdad? —pregunta, y yo asiento—. Eso sería de gran ayuda, hijo.

Le dedico una sonrisa; una que espero que esté a caballo entre lo útil y lo sincero.

—Claro. Cuente conmigo para lo que pueda hacer.

—Genial, súbete a la camioneta.

Yates se pone los lentes de sol y voltea hacia la puerta del conductor.

—¿Ahora…?

—No hay nada mejor que el ahora, señor Rhodes. Hay que encontrar a un hombre desaparecido.

El sudor me pica en la columna vertebral. La mochila con las armas me quema la espalda. Me quito un tirante y luego el otro mientras voy a la puerta del copiloto y me monto en el vehículo; a continuación, dejo la mochila entre los pies.

Cuando el *sheriff* Yates arranca el motor, empieza a sonar una canción *country* que no reconozco.

—Vaya, maldita sea. Casi se me olvida —dice Yates girando el botón de la radio para bajar el volumen de la música. Pulsa un botón del micrófono con altavoz remoto que lleva sujeto en el hombro herido—. *Sheriff* Yates, adelante, cambio.

Un instante después, la voz de una mujer habla entre el crujido de los altavoces.

—Le recibo, cambio.

—Envía al ayudante Collins y a un par de personas del equipo al hostal El Cabo con un kit de campo. Parece que hay sangre en el estacionamiento.

—Diez-cuatro.

Yates me lanza una sonrisa fugaz, sube la música y mete la reversa.